



en Tamahú

HOJA INFORMATIVA

Nº 172 – SEPTIEMBRE 2026

Obra solidaria de Fratisa (Escuela Bíblica de Madrid) en Guatemala

Fratisa en Guatemala: primera entrega

Antonio Salas

Son cada vez más las personas que, al cruzarse conmigo en algún pasillo, me lanzan de sopetón la pregunta: ¿cómo se explica que Fratisa haya abierto una misión en una de las regiones más remotas de Guatemala?; ¿acaso en nuestra patria no sobran también apremios? Mis respuestas, al respecto, acostumbran a ser algo escurridizas, pues soy consciente de que -para ofrecer una explicación satisfactoria- no basta el escaso margen que suelen brindar los encuentros fortuitos. Tal ha sido el motivo por el que algunos amigos me han animado a consignar con cierto detalle las vicisitudes que han debido sortearse hasta afianzar nuestra obra solidaria en unas comunidades indígenas que llevan siglos



Recorriendo, como peregrinos, el País de Jesús

compartiendo marginación. Pues bien, así trataré de hacerlo en seis entregas, pidiendo de antemano disculpas a nuestros lectores por descuidar la información del presente en aras a una evocación del pasado.

Todos sabemos que, hace exactamente un siglo, Einstein acuñó la famosa frase: “Dios no juega a los dados”. Tal aserto es sin duda válido si se aplica a la física cuántica, pero no siempre funciona en los avatares que conforman la cotidianidad. Así lo atestigua, de hecho, nuestra odiseica andadura que, partiendo de Madrid, acabaría recalando en Tamahú. Si al mítico Ulises no le faltaron quebrantos por no

secundar los deseos de algunos dioses, nosotros, aun contando con el tutelaje divino, en más de una ocasión hemos estado a punto de ser engullidos, no tanto por el embriagador canto de las sirenas, cuanto por el caótico fragor del averno. A veces hemos llegado incluso a pensar que Dios se deleitaba jugando a los dados con nosotros. Mas, aun así, nuestra obra no solo persiste, sino que cada vez luce más sólida y boyante. Y no sin zozobras, como iremos viendo. Sin embargo, antes de adentrarnos en los homéricos dominios de Escila y Caribdis, considero de interés aclarar cómo se incubó y se alumbró Fratisa.

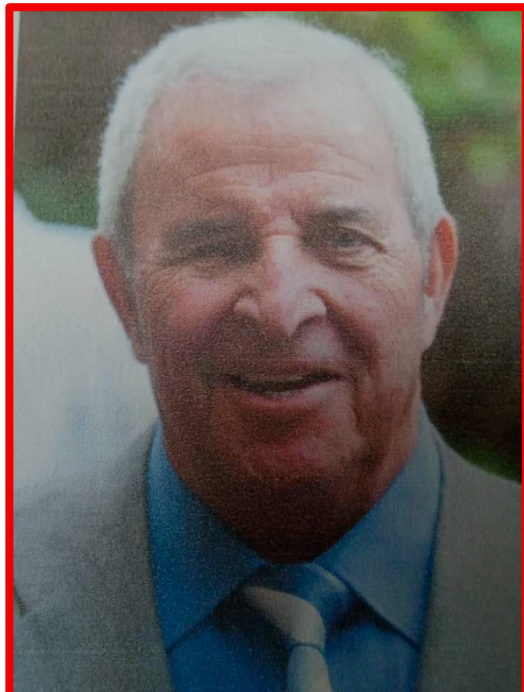
Fratisa: una obra anclada en la ilusión

Corría el año 2006. Acabábamos de finalizar una de las innumerables peregrinaciones a Tierra Santa que la Escuela Bíblica de Madrid viene organizando desde 1972. En nuestra habitual reunión de despedida, algunos departieron con el grupo su desencanto al constatar que, tras haber compartido a tope vivencias durante diez días, nos separábamos quizás para no volvernos a ver más. ¿Cabría la posibilidad -tal era su sugerencia- de seguir manteniendo vivo, mediante reuniones periódicas, el ensalmo de la recién terminada peregrinación? Tal pregunta, lejos de caer en el vacío, recibió un unánime plácet. Pues bien, sin dar pábulo a los tópicos, se fijó día y hora para que -al aproximarse la Navidad-



Joaquín Fdez-Escribano, Presidente de Fratisa

celebráramos una eucaristía reviviendo el espíritu de la peregrinación. Y tal se hizo en la capilla del colegio Valdeluz. Llegado el momento, nos asombramos al ver que casi todos los experegrinos habíamos acudido a la cita. Resultó tan efusivo el encuentro que, para avivar la ilusión, se determinó repetirlo en el próximo marzo. No sin antes cursar una invitación a cuantos habían realizado en el pasado alguna peregrinación con la Escuela Bíblica. Con mucho júbilo y no poco asombro, vimos cómo los asistentes a este nuevo encuentro desbordábamos el centenar. ¡Había que repetir la experiencia!



Tomás Moral (+ 2016), fundador de "Pattos"

A partir de entonces, dada la afluencia de experegrinos, decidimos celebrar nuestras liturgias en el aula de la Escuela Bíblica. Y, para que no nos ganara la rutina, redujimos a dos las celebraciones anuales. En cada una, realizando un viaje virtual, nos trasladábamos a uno de cuantos escenarios habíamos visitado con anterioridad. Incluso entonábamos los mismos cantos que habían acompasado nuestras celebraciones al peregrinar por Tierra Santa. Para mejor verter nuestros recuerdos en vivencias, antes de la homilía, dos antiguos peregrinos departían con la asamblea lo que había significado para ellos el viaje al país de Jesús. El acto culminaba con un ágape fraterno en el que -parodiando a la primitiva comunidad de Jerusalén- todos compartíamos lo que cada cual aportaba.

Oteando con timidez el futuro, vislumbramos la posibilidad de consolidar nuestras inquietudes. ¿Cómo? ¡Estructurándolas! Y así fue cómo, antes incluso de contar con un refrendo jurídico, decidimos configurar



Fratisa: primer retiro en Guadarrama (a. 2009)

un equipo de voluntarios que, con su entrega y dedicación, ayudaran a afianzar lo que había surgido como el simple eco de un anhelo. Y así, en asamblea plenaria, se constituyó el siguiente comité: un presidente (Joaquín Fernández Escribano); un vicepresidente (Manuel Amengual); un secretario general (Emilio Álvarez Frías); una tesorera (Natividad Mielgo); y cuatro vocales (Francisco Menéndez, María Paz Bujanda; José Manuel Corrales, José Antonio Gómez Prieto) ¡Había nacido Fratisa!

Aunque se iniciaron de inmediato las diligencias para dotar a la obra de personalidad jurídica, sería solo en 2011 cuando logró ser inscrita en el Registro de Asociaciones de la Comunidad de Madrid,

Sección Primera, n. 32,632 (15/10/2011). Se abrió de inmediato una cuenta en el Deutsche Bank para canalizar los escasos fondos, que eran gestionados por la Fundación Isabel de Lamo "Pattos", de la que, en su momento, escribiré con más detalle. No sin antes consignar que Fratisa se iba consolidando. De hecho, poco se tardaría en organizar (a. 2009), a petición de los propios asociados, retiros de fin de semana en la residencia Fr. Luis de León (Guadarrama), donde todos vibrábamos al compás de una fe reactivada y de unos recuerdos reavivados. Y aún hoy seguimos vibrando.

Intuyo que más de un lector se hará la siguiente pregunta: toda esta información, ¿qué nexos tiene con Guatemala? Quien se anime a seguir leyendo, poco tardará en recibir la respuesta.

Fratisa: su presencia en Guatemala

He de admitir que, desde mi infancia, he sentido un irrefrenable interés por el indigenismo. De hecho, durante mis estancias en México, contacté con varias de sus etnias: otomíes, purépechas, mazatecos, triquis y zapotecos. Pero, dada quizás la premura de nuestros encuentros, no conseguí ahondar ni en sus inquietudes ni en sus problemas. Pues bien, algo distinto me ocurrió en Guatemala, donde sentí que Dios sí que jugaba a los dados. Ocurrió, en efecto, que, tras finalizar una tanda de conferencias, me quedaban unos días libres. Pues bien, alguien tuvo la lustrada ocurrencia de encaminarme hacia una zona poblada de indígenas, donde, desconectando mi chip mental de conferencista, me adentré en las comunidades kaqchikeles que se me antojaban más desprotegidas.



Juana María Xirín, luciendo su huipil de gala

Quisieron los hados que ya el primer día me topara con una adorable ancianita (Juana María Xirín – 81 años) quien, tras un intercambio fugaz de impresiones, comenzó a llamarme “papito”, con lo que no tuve empacho en adoptarla sin más como hija. Y, así, entre ambos se fue fraguando un extraño idilio donde ella



Nada tan enternecedor como el dulce encanto de la infancia

ejercía de maestra mientras yo me convertí en su aplicado discípulo. Aunque apenas farfullaba algunas palabras de español, arropándose con la mímica, consiguió que la entendiera. Con su atiplada voz de falsete, me fue introduciendo en los arcanos de su etnia (religión, costumbrismo...), realzándose sobre todo la desnutrición compartida por una gran mayoría. Juntos visitamos algunos hogares, cuya pobreza me causó escalofríos. Pero, a la vez, disfrutaba adentrándome en las entrañas de unos pueblos (mayas), a los que llevaba años admirando sin apenas conocerlos. Con las enseñanzas de mi perínclita maestra, no sé si logré ahondar en la idiosincrasia de sus paisanos,

pero sí que conseguí pulsar las fibras más recónditas de mi alma. Y esta me invitó de inmediato a trocar mi admiración en compromiso. Al carecer de recursos económicos propios, poco alivio podía brindarles. Pero, tras una semana que me resultó idílica, les prometí no abandonarlos. Supongo que solo mi hija adoptiva me creyó. Los demás camuflaban con tenues sonrisas su endógeno escepticismo.

Pasados unos meses, impartí uno de mis habituales cursos en México. Y allí me reencontré con Fátima Guzmán quien, un par de años antes, me había confidenciado su vivo deseo de consagrar su vida, como misionera seglar, a aliviar las penalidades de las comunidades indígenas. Contagiada quizás con mi euforia, se ofreció a acompañarme hasta Guatemala. No sin antes haber reunido algunos fondos entre sus amigos y allegados. Una vez allí, con el docto asesoramiento de mi hija adoptiva, buscamos la estrategia más eficaz para que la etnia kaqchikel supiera que nuestra presencia no era solo testimonial. Sufragamos los gastos médicos de algunos enfermos, liberamos a más de un bebé de una muerte casi segura y ofrecimos ayuda a varios ancianos sumidos en el desahucio. Nuestra entrega iba ahuyentando sus



Unos hermanitos, a la espera de ser atendidos por Fratisa



Lucas, mendigo al que Fratisa nunca dejó de ofrecer ayuda

recelos. Y, cuando nos supimos aceptados y casi queridos por el colectivo indígena, decidimos agasajar con bolsas de alimentos a sus familias más lastradas por la miseria.

Al compartir tan hermosa experiencia con el equipo directivo de Fratisa, este -por unanimidad- decidió arropar nuestra labor, convirtiéndola en su Obra Solidaria en favor del mundo indígena. Fratisa activó a la sazón una campaña de publicidad, cifrada en recaudar fondos. Y contó, a su vez, con el providencial apoyo de la Fundación “Pattos”, cuya *alma mater* (Tomás Moral), tras fallecer su esposa Isabel, quiso destinar su patrimonio a la ayuda de la infancia más desprotegida. No solo nos brindó un sustancioso subsidio, sino que su Funda-

ción se comprometió a gestionarnos los temas fiscales. No se olvide que Fratisa carecía por entonces de personalidad jurídica. ¡Eterna gratitud a “Pattos”!

En nuestro periplo guatemalteco, sabiéndonos apoyados por Fratisa, con lo que disponíamos de unos fondos discretos pero sustanciosos, nos lanzamos a una campaña de ayuda, repartiendo centenares de bolsas con alimentos muy nutritivos. Y así lo estuvimos haciendo durante un par de años. Aunque nuestros beneficiarios no nos ocultaran su júbilo y nosotros fuéramos felices compartiéndolo, comenzó a carcomernos cierto sarpullido al constatar que las familias agraciadas, a pesar de nuestro apoyo, seguían sumidas en la miseria. Empezamos, por ende, a preguntarnos sobre la posibilidad de que Fratisa ofreciera a aquellas gentes algún proyecto más sólido y duradero. Fue entonces cuando, una vez más, Dios nos pareció ávido de jugar a los dados, aunque en esta ocasión (al menos aparentemente) en desfavor de nuestra inquietud misionera.

Ya un año antes habíamos conocido a una muchachita, llamada Rosalinda (nombre ficticio), de porte comedido y sensato, que se ganaba la vida limpiando unos locales. Tras unos enjundiosos diálogos con ella, nos compartió que su mayor afán se cifraba en cursar estudios universitarios de enfermería para ayudar en alma y cuerpo a los pacientes de su comunidad kaqchikel. Al verla tan decidida, nos sedujo la idea de apoyarla para que cursase sus estudios en la escuela universitaria de enfermería (3 años), sita en una ciudad algo alejada. Y Rosalinda se convirtió en universitaria. O al menos eso nos hizo creer. En realidad, por



Ser pobre no impide vivir sonriendo a la vida

su parte todo era pura filfa, lo cual no impedía que pagáramos puntualmente todos sus gastos académicos y alimenticios. Al exigirle las calificaciones, se las ingeniaba para presentarnos un certificado con el nombre falseado. Tardamos bastante en percatarnos del timo. Y es que algunos indígenas son expertos en aparentar lo que no son. Entre ellos, Rosalinda bate palmas.

Creyendo que sus estudios eran boyantes (lo acreditaban sus supuestas calificaciones) propusimos a Fratisa la conveniencia de levantar un discreto inmueble, donde nuestra futura enfermera, una vez graduada, pudiera atender a las personas enfermas de su comarca. Al ver que la iniciativa era aceptada con viva ilusión, comenzamos a buscar un terrenito donde construir un muy modesto dispensario. Fue entonces cuando Rosalinda hizo un nuevo alarde de pseudo entrega y compromiso. Nos compartió que ella disponía de un diminuto solar, heredado de sus padres, poniéndolo de forma incondicional a disposición del proyecto de Fratisa. Una vez más la creímos. Aun cuando nosotros deseábamos pagárselo, ella se negaba en redondo. Agradeciendo, pues, su supuesta generosidad, iniciamos la construcción del inmueble. Al ver que la palabra *dispensario* no era de uso común en aquellos lares, le asignamos el título de “clínica”, ya que estas abundaban, por más que en su mayoría fueran casi inoperantes. Todo eso, con el paso del tiempo, nos adentraría en un intrincado laberinto de sinsabores que bien hubiera querido evitar el mítico Ulises, al que aludí en el prolegómeno de mi relato.

Espero compartirlos con nuestros lectores en el próximo Boletín de Fratisa.

Atención al enfermo

Raúl Leal

Según tengo entendido, agosto para los españoles es un mes de impronta vacacional. Me encantaría que algo parecido pudiera decirse de nuestro país. Pero por desgracia no es así. Y menos aún, cuando se trata de atender a los enfermos. Incluso durante este mes se me ha acumulado más trabajo, pues lo organicé pensando en los días que debería atender a los misioneros españoles. No es que me queje de mi labor. La hago con sumo gusto, pues desde siempre he sentido un cariño muy grande por quienes sufren quebrantos y más aún si se trata de la infancia. Lo que en ocasiones corroe mis entrañas es constatar que mi labor no siempre es valorada, suscitando a veces recelos y difidencias. Pero... ¡así es la vida!

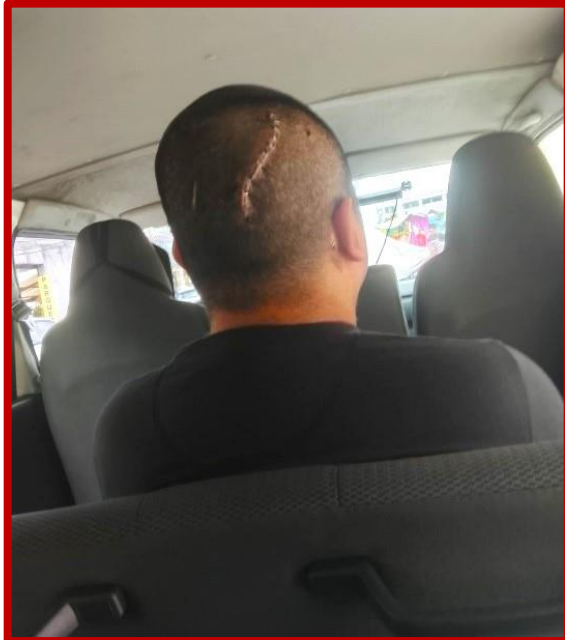
Llevo casi diez años entregado en alma y cuerpo a velar por las personas enfermas, sin que jamás haya dejado de poner todo mi empeño en brindarles mi apoyo y cariño. Este pasado agosto me ha resultado incluso más incómodo, debido a la bestial subida de los carburantes en nuestro país (30%). Dado que Fratisa siempre me hace la misma asignación mensual, a finales del mes he debido viajar con el depósito casi vacío. Pido a Dios que cuanto antes se subsane esta deficiencia. Por lo demás, todo ha mantenido su ritmo. A veces con situaciones que solo el coraje permite afrontar. Por fortuna nunca



Sergio Humberto, saliendo del hospital con su hermana

me ha faltado. Y, mientras no me falle el apoyo divino, me siento con arrestos para seguir paliando dolencias.

Como ya es habitual, dentro de los innumerables casos que me veo forzado a arrostrar cada mes, me ceñiré a los que más descuellan por hermanar anécdota y dramatismo.



Sergio Humberto: secuelas de su cirugía

Buenos auspicios para Sergio Humberto

Nunca he ocultado mi simpatía por ese buen muchacho que, desde hace ya varios años, sufre los acosos de la ceguera. A causa de un tumor cerebral que le obstruía el nervio óptico, se fue adentrando en el tenebroso mundo de la invidencia. Gracias al apoyo económico de una asociada de Fratisa (Fide Municio), se le costó todo el preoperativo. Y, aunque la mayoría de los médicos vieran su caso como insoluble, tampoco faltó quien le brindó un tenue rayo de esperanza. Pues bien, a él se aferró Sergio Humberto.

Tras ser internado en el hospital S. Juan de Dios, donde permaneció casi tres meses, pudo al fin ser intervenido quirúrgicamente con la ayuda de un neuronavegador que, amén de extirparle el tumor, le colocó una válvula en la zona afectada de su cerebro. Dio la extraña coincidencia (Dios a veces se sirve de ellas) que, a finales del pasado mes, yo me encontraba en Antigua, atendiendo a los misioneros españoles. Y, para el día siguiente, tenía programado mi regreso a Tamahú. Pues bien, de repente recibí una

llamada del hospital para notificarme que, en el mismo día y hora de mi regreso, Sergio sería dado de alta. Mi júbilo fue incontenible.

Recogiéndolo en el nosocomio, viajamos juntos hasta Tamahú adonde llegamos unas seis horas después. Lo acerqué en nuestro vehículo a su aldea de Cabilhá, donde sus familiares lo recibieron sollozando de puro júbilo. No ignoraban que deberían armarse de paciencia, pues su recuperación iba a ser larga. Todos lo asumimos con gusto. Sin embargo, una semana después, al rayar el alba, recibí una llamada donde se me notificaba que Sergio no podía soportar sus dolores de cabeza. Temiendo lo peor, armoniqué mi traslado habitual de enfermos con el ingreso de Sergio en el hospital de Cobán. En él permaneció un par de horas que se nos hicieron eternas, por la incertidumbre del diagnóstico. De repente, lo vimos saliendo en compañía de su hermana, con una sonrisa de oreja a oreja. ¡Los auspicios invitaban al optimismo! Así nos lo corroboró él mismo. En realidad, sus dolores -obviamente esporádicos- se debían al acomodo de la válvula colocada por el cirujano dentro de su cerebro. Todo estaba, pues, en orden. Mi júbilo fue tan desconocido que la hora y media que suelo tardar de Cobán a Tamahú se me pasó en un periquete. ¡Sergio estaba a salvo! Y además su recuperación iba por el mejor de los caminos.



Efraín Juc Tipol

Luces y sombras en el caso de Efraín Juc Tipol

De él también escribí en el Boletín del pasado mes. El enfermo me fue remitido por el párroco, solicitando mi apoyo. Y bien sabe Dios que se lo ofrecí. De hecho, tras ser examinado en el Centro de Salud local, lo

remitieron al laboratorio de Tactic adonde tuve que llevarlo dos veces. Viendo que el caso de su hernia gigantesca era de pronóstico reservado, los médicos de turno lo remitieron a un hospital. Pues bien, un par de días después, aprovechando un viaje programado con dos enfermitos, lo acompañé al nosocomio de la Tinta, cuyo doctor fue todo menos optimista. Nos habló de una posible operación que él



Cuánto agradece David las visitas de don Raúl

desaconsejaba por ser de sumo riesgo. Aludió también a una medicación muy costosa, sin garantías de que resultara eficaz. Y, por último, sugirió dejar que la naturaleza siguiera su curso. Pues bien, por esta postrera alternativa apostó sin dudarle Efraín. Por mi parte, aunque el razonamiento del doctor me pareció lógico, me dejó intranquilo su diagnóstico. Tanto que, en mis adentros, decidí indagar por mi cuenta si el paciente podría ser o no operado con garantías de éxito.

Sé que, a veces, algunas familias indígenas afrontan los problemas de un modo muy peculiar. Tal ocurrió, de hecho, con la de Efraín. Para ellos, aceptar que la naturaleza siguiera su curso, era asumir la inevitabilidad de la muerte. Y posiblemente fuera así. Solo que, impulsados por su ignorancia, me responsabilizaron a mí del desahucio. Y se fueron sin más al párroco para lamentar ante él mi supuesta negligencia. Este, en vez de llamarme a mí (¿no hubiera sido lo lógico?), contactó con Vinicio con ánimo de esclarecer el

tema. Al exponerle los hechos tal como habían ocurrido, no le quedó más remedio que pedir disculpas, por haberse apoyado en una información errónea. Yo pensaba que él

tomaría cartas en el asunto. Pero, hasta donde alcanzan mis conocimientos, no me consta que lo haya hecho. Por mi parte, renuente a aceptar el parte médico, aproveché mi estancia en Antigua para preguntar en el hospital del Hermano Pedro sobre una operación de la hernia agigantada. Tras atenderme con suma cortesía, no excluyeron la posibilidad de una cirugía, siempre y cuando se le hicieran de antemano los estudios pertinentes.

Ya de regreso a Tamahú, contacté con Dña. Marta de la Cruz, quien acostumbra a trasladar pacientes hasta Antigua cuando allí se celebran jornadas médicas. Vi los cielos abiertos. Y, sin pérdida de tiempo, subí al caserío de Abjal para compartir con Efraín tan grata noticia. Con tan mala estrella que no se encontraba en su casa. Se había dirigido a una aldea muy remota y no era posible comunicarse con él por carecer de celular. Sin pérdida de tiempo, preparé todo su expediente por si acaso regresaba a tiempo. Pero no fue tal. Retornó su casa un día después de que Dña Marta se hubiera marchado con sus enfermos. ¿Coincidencia o argucia? ¡Sépalo Dios! En todo caso, expuse a su familia la posibilidad de trasladarlo a Antigua con el transporte público, cuyos gastos yo les cubriría. Pero eran 9 horas de trayecto y, al llegar al nosocomio, ignoraban como manejarse en él. Eso lo entendí. Pero me quedó la duda de si la familia se oponía a que fuera intervenido quirúrgicamente o era una simple víctima de la indecisión. En todo caso, me tiene a su total disposición. No obstante, siendo



Doña Dominga Chá, a la espera de su cirugía

sincero, agradecería en el alma que no fueran con más infundios al párroco para desacreditar a quien hace todo lo posible por resolver el problema de su ser querido.

Marwin Can Xol: ¿casualidad o coincidencia?

Durante la estancia de los misioneros, una tarde subimos en el microbús para inaugurar dos viviendas en la aldea de Naxombal: la primera (Martín Ichich Xol y familia) estaba a pie de camino; la segunda, en cambio, (Marta Bol y familia) se encontraba algo más retirada. Para acceder, debíamos recorrer un angosto sendero con un considerable desnivel. Ello hizo que nuestras dos misioneras (Victoria y Pamela), decidieran esperarnos a la sombra de un árbol. Para matar su tiempo, se acercaron a una casita que resultó ser una diminuta tienda, en cuyo porche había un banco, donde se sentaron para descansar. De repente, apareció un muchacho bastante cegato que, sentándose a su vera, comenzó a entablar diálogo con ellas. A la primera de cambio, les espetó que padecía los efectos del glaucoma y tenía además unas orondas cataratas que lo privaban casi por



Marwin Can Xol, a punto de ser intervenido



Marwin Can Xol, tras su intervención

entero de la visión. A sus 29 años, se sentía un inválido integral.

Nuestras amigas, en un intento de levantarle el ánimo, le preguntaron sobre la posibilidad de someterse a una operación quirúrgica. El joven, entre irónico y risueño, les confidenció que ganas no le faltaban. Pero ¿cómo sufragar los gastos? Viendo que, tras su coto de buen humor se ocultaba un fondo de profunda tristeza, las misioneras se comprometieron a asumir el costo de su intervención. Marwin, al escucharlas, no sabía si reír o llorar. No se lo podía creer. Sin duda por ello entendió ese fortuito encuentro, no como fruto de la casualidad, sino como una maravillosa coincidencia orquestada por el propio Dios. Fue en ese preciso momento cuando yo me acerqué al grupúsculo. Y, al compartirme el problema del joven y su posible solución, me ofrecí a tramitar su caso en la Fundación del Dr. Alfonso Ponce Archila de Cobán. Y así lo hice.

Ya de entrada, la licenciada administrativa se comprometió a que la Fundación costeara los gastos ocasionados por la cirugía de un ojo. Y el otro correría a nuestra cuenta.

Agradeciéndole la propuesta, la puse en conocimiento de las misioneras, quienes me felicitaron por la gestión. Y más aún al notificarles que la familia de Marwin también se había comprometido a cooperar. Así pues, lo que comenzó como un sueño miliunanochesco se estaba convirtiendo en palpitante realidad. Fue, en efecto, el pasado 21 de agosto cuando, aprovechando el ingreso de otra paciente por un problema muy similar (Dominga Cha Caal - 77 años), Marwin quedó internado en la clínica. Lo recogí cuatro días después, con unas flamantes gafas de sol y con la dicha de haber recobrado parte al menos de su perdida visión. Y algo parecido ocurrió con Dña Dominga que salió del nosocomio coreada por un abultado número de familiares. De momento, ambos solo han sido intervenidos en un ojo. Cuando el doctor lo decida, serán

operados del otro. Y así, al fin, Marwin, a raíz de ese encuentro fortuito con las misioneras, que él siempre ha entendido como providencial, estará en condiciones de ahuyentar el amargo sabor de la invidencia.

Me resisto a finalizar mi relato sin antes consignar una estampa anecdótica que bien pudiera haber terminado en tragedia. Fue protagonizada por el niño Allen Cabani en los locales de Fundabiem. Sabedores de su irrefrenable hiperactividad y de su acendrado autismo, solemos tenerlo muy controlado. Pero, si un día tonto lo tiene cualquiera, Allen no iba a ser la excepción. Estando en su sala de terapia, de repente echó a correr como un poseso, sin que nadie pudiera detenerlo. Al fin, su madre lo consiguió. Ya más sereno, lo introdujimos en el microbús. Pues bien, antes de cerrar la puerta, se salió raudo como alma en pena, atravesando la calle atestada de tráfico. Me lancé en su persecución, logrando que un carro se detuviera cerca de un “stop”. Pero el pequeño seguía corriendo de forma desaforada. Tanto que no se percató de que otro carro, circulando a notoria velocidad, estuvo a un metro escaso de atropellarlo. Por fortuna, extendí mi brazo a tiempo y, en un acto reflejo, logré jalarlo hacia la banqueta. Fue una escena de suspense y coraje que su madre me agradeció sollozando. Yo, por mi parte, levanté mis ojos al cielo, feliz por celebrar la vida en vez de llorar la muerte.

¡Dios siempre ayuda!

CUADRO DE PACIENTES ATENDIDOS POR FRATISA - AGOSTO, 2026

DESCRIPCION	CANTIDAD
Pacientes trasladados a neurología	01
Medicinas entregadas a pacientes de neurología	19
Examen de encefalograma donado por Hospital Regional	01
Pacientes trasladados a oftalmología	09
Medicina entregada a pacientes de oftalmología	04
Pacientes a quienes se realizó cirugía de ojos	02
Pacientes trasladados a Fundabiem	10
Asistencias durante el mes en Fundabiem	16
Pacientes trasladados a diferentes hospitales	12
Pacientes trasladados a hospitales ciudad capital	01
Otros traslados a hospitales	01
Pacientes trasladados a Dra. pediatra de Cobán	02
Consultas médicas privada y medicinas entregadas	04
Leche pediátrica entregada (botes)	02
Pacientes que recibieron medicina con receta	20
Pacientes a quienes se realizó estudio de Rayos X	01
Pacientes a quienes se realizaron exámenes de laboratorio	02
Pacientes a quienes se realizó Electrocardiograma y Ecocard.	04
Pacientes a quienes se realizaron Ultrasonidos	05
Pacientes a quienes se realizó examen Papanicolau	01
Visitas a familias y enfermos	12
Entrega de despensas y granos básicos	160
Entrega de bastones, muletas y andadores	03
Entrega de paquetes de pañales desechables	02



C

Cuando Fratisa encaminó hacia Tamahú su obra de apoyo a los indígenas más desfavorecidos, centró su interés en la pastoral de enfermos y discapacitados. A partir de entonces, no han cesado de aumentar los que acuden a nosotros en busca de ayuda, siendo nuestro representante Raúl Leal quien -desde un principio- gestiona tan ardua labor. Nos complace saber que cada vez se intensifica más su dedicación y su espíritu de entrega. Fratisa, muy consciente de la importancia de este proyecto humanitario, invita a sus amigos y colaboradores a que, en la medida de sus posibilidades, ofrezcan un donativo periódico para mantenerlo o incluso potenciarlo.

Toda ayuda es de agradecer - ¡Muchos pocos hacen un mucho!

FRATISA

Si quiere hacer un donativo periódico, le sugerimos que nos mande esta misma hojita, rellena con sus instrucciones, y Fratisa enviará un recibo contra su cuenta corriente con la periodicidad e importe que usted nos indique.

Nombre _____ Dirección _____ nº _____ Piso _____

Localidad _____ CP _____ Provincia _____ Móvil _____

Correo-e _____

Cuota de socio _____ € (mínimo 10 € al mes)

Nº de cuenta Iban: ES _____ . _____ . _____ . _____ . _____

Periodicidad: Mensual – Trimestral – Semestral -- Anual --

Titular de la cuenta _____

También puede hacer su donativo (así lo hace la mayoría) ingresándolo en la cuenta abierta a nombre de
“Fundación Isabel de Lamo Pattos – Fratisa”, en el Banco Santander.

Iban ES90.0049.1182.3226.1040.0538